

RIGOLETTO, DE GIUSEPPEVERDI, EN EL TEATRO COMUNALE DE BOLONIA

Magda Ruggeri Marchetti

Rigoletto. Director musical: Daniele Gatti. Director de escena: Giancarlo Cobelli. Escenografía: Paolo Tommasi. Director del coro: Marcel Seminara. Intérpretes: Giuseppe Gipali, Mark Rucker, Sung Eun Kim, Mario Luperi, Barbara di Castri, Chiara Fracasso y Carlo Cigni.

Rigoletto, sobre libreto de Francesco Maria Piave, procede del drama de Víctor Hugo *Le roi s'amuse* y se representó por vez primera en Venecia en el Teatro La Fenice el 11 de marzo de 1851. Es la primera obra de la famosa «trilogía popular» (*Rigoletto*, *La traviata*, *Il trovatore*) y afirma ya la grandeza del genio de Verdi.

Por razones de censura el rey se transformó en un duque de Mantua pero el compositor, subvirtiendo las jerarquías, quiso como protagonista al bufón y de aquí el título: *Rigoletto*. El gran músico supo infundir a este personaje, herido en lo más profundo de sus afectos, una potencia lírico-dramática que se manifiesta en su actuación instintiva, en su secreto y único amor: la hija. Por medio de páginas musicales de extraordinaria belleza, ha creado así un drama grandioso donde la inmoralidad de la vida cortesana del siglo XVI, simbolizada en esta edición por el ballet de cuerpos semidesnudos que se adivinan a través de biombos traslúcidos, contrasta con los sentimientos del bufón y de su hija. El clímax del drama se alcanza ciertamente en la maldición de Monterone, subrayada por el coro de bocas cerradas. En efecto, en el primer acto, *Rigoletto* es un ser insensible, malicioso y escarnecedor, mientras que en el segundo aflora en él la humanidad más dolorida, que lo empuja a implorar a quien antes había amenazado.

En el espectáculo ofrecido por el Teatro Comunale de Bolonia, bajo la dirección de Giancarlo Cobelli y escenografía de Paolo Tommasi, emerge sobre todo la grandiosidad de la música y la altura interpretativa de la orquesta dirigida por Daniele Gatti, que se supera en virtuosismo y sensibilidad. El maestro capta los delicados matices de la partitura con decididos cambios de velocidad, tono e intensidad, subrayando sucesivamente las reminiscencias, los sentimientos dulces y amorosos de Gilda, la frivolidad del Duque, la abyección de los cortesanos, las múltiples facetas de *Rigoletto* que van desde la adulación, la perversión, la ferocidad, la superstición, hasta la ternura de padre. Bueno el acuerdo entre voces y orquesta, frenético el ritmo de la música en «cortigiani vil razza dannata». Muy sugestiva la tempestad, confiada a matices ligeros y rapidísimos y extraordinariamente evocativa.

La interpretación de la figura del Duque por Giuseppe Gipali no es suficientemente ligera y frívola y la voz, aun bella, no brilla tampoco en potencia. La soprano, Sung Eun Kim, alcanza momentos de rara sugestión emotiva cuando, con expresión flébil que evoca una oración, ento-

na «tutte le feste al tempio» y en su dúo con el padre que responde, agitado y con ritmo acuciante, con «solo per me l'infamia». Mark Rucker encarna con gran sensibilidad este personaje expresando todos los matices de su carácter, desde la cobardía hasta la ternura. Al final la voz, hasta entonces velada en las expresiones patéticas, truena con la imploración lacerante «non morire», mientras Gilda lanza su lamento «lassù in cielo» y nos recuerda la muerte de Aida. Finalmente el grito desgarrador de Rigoletto «La maledizione» llena verdaderamente de congoja al espectador.

La escenografía, inspirada en los frescos del palacio ducal de Mantua, del que la habitación matrimonial, por ejemplo, está explícitamente evocada, es sugestiva. El vestuario deslumbrante, con evidentes reminiscencias españolizantes. Bien conseguida la figura del enano, cuya importancia en la corte de Mantua ilustra el cuadro de Mantegna, y que, como sirviente de Rigoletto, destaca en la escena en que el bufón se despoja del «cómico» y recupera al «hombre». Verdaderamente digno de aplauso es el coro dirigido por Marcel Seminara, que logra a veces crear una atmósfera de angustia y terror.